

Lo más propio de Jesús es la referencia absoluta a su Padre

No pueden servir a Dios y al dinero

Pedro Trigo, s.j.*

Este texto evangélico nos coloca ante un dilema vital globalizador: “Ningún criado puede servir a dos amos al mismo tiempo, porque aborrecerá a uno y se apegará al otro o será fiel al primero y no hará caso del segundo. No pueden servir al mismo tiempo a Dios y al dinero” (Lc 16,13)

En muchos textos evangélicos Dios aparece como un Padre que nos ama incondicionalmente por ser un Dios enteramente bueno, sólo bondad¹. Ahora Jesús lo presenta como alguien a quien tenemos que servir. Y nos avisa que, si lo servimos a él, no podemos servir a más nadie, y al que menos al dinero.

El texto tiene que ver con el de la segunda tentación, según Lucas: el diablo llevó a Jesús a una cumbre tan elevada que desde ella se divisaban todos los reinos de la tierra y le propuso darle todo su poder y gloria, si lo adoraba. Jesús le respondió con un texto de la Escritura (Dt 6,13): “al Señor tu Dios adorarás y sólo a él servirás” (Lc 4,5-8). Jesús solo adora y sirve a su Padre.

Pero, si es su Padre ¿cómo va a adorarlo y servirlo? Este texto coincide con el de la revelación de su misterio a Magdalena y nuestra asociación a él. Le dice: “dile a mis hermanos: ‘subo a mi Padre, que es el Padre de ustedes, y a mi Dios, que es su Dios’” (Jn 20,17). Así pues, el Padre eterno de Jesús, que lo hace Padre al entregarse completamente a él y constituirlo como Hijo único, es también su Dios, ese misterio insondable a quien adora y sirve. Es ambas cosas: el misterio insondable, ante el que hay que caer de rodillas, es su Padre, que todo lo ha puesto en su manos; y ese Padre, entregado completamente a él, no deja de ser su Dios. Ése es el misterio de Jesús. El misterio al que nos asocia.

Jesús adora y sirve a su Dios, que es su Padre. Esto no es ninguna limitación y, menos aún, ninguna humillación. Ése es, por el contrario, ejercicio de su dignidad inalienable.

QUÉ NO ES Y QUÉ SÍ ES SERVIR A DIOS

Ahora bien, ¿qué puede significar servir a Dios para los cristianos, si en lo que se diferencian Dios y los ídolos es precisamente en que los ídolos resultan una carga pesada para sus adoradores en tanto Dios es el que nos lleva a todos (Is 46,1-4) y nadie puede jactarse de servirlo, de darle algo, porque Dios nada necesita y, si ne-

cesitara, él es dueño de todo y no nos lo iba a pedir a nosotros (Sal 50,7-13)?

Servir a Dios, ¿no es pretenderse más que Dios y calificar a Dios de menesteroso? Nosotros ¿le podemos hacer un servicio a Dios?

¿O es que servirlo consistirá en hacerle corte, como se hace con los poderosos, rodeándolo, halagándolo, haciéndole constantes reverencias, para manifestar que él es más que nosotros y nosotros menos que él? ¿Compartirá nuestro Dios la vanidad de los poderosos? ¿Es digno de él ser halagado? Haciéndolo así con él ¿no lo rebajamos, a la vez que nos rebajamos a nosotros mismos?

¿Qué significó para Jesús adorar y servir a Dios? Creo que significó estar en lo de su Padre. No estar en él, no buscar su gloria ni su realización personal; no pretender, como lo propone la dirección dominante del orden establecido, nacer de uno mismo, vivir en uno mismo y para uno mismo y salir fuera de sí para poner a los demás a su servicio.

Estar en lo de su Padre era la otra cara de estar en las manos de su Padre, de descansar en él, de confiar absolutamente en él, de recibir de él todo su ser.

Es vivir la vida como ejercicio de filiación. Eso es adorar como ejercicio primario de salida reverente y confiada de sí y referencia absoluta al Padre. Eso es también servir como ocuparse de lo de él, haciendo de esa ocupación lo más propio de uno, el asunto de su vida.

Lo más propio de Jesús, lo que lo constituye, es la referencia absoluta a su Padre. Esa referencia absoluta, que lo constituye en Hijo, es su adoración constante. La que lo constituye en un ser absolutamente liberado. Ese ser liberado lo emplea en estar en lo de su Padre, en cumplir su designio. Y su designio consiste en hacerse Hermano nuestro para introducirnos a todos en su relación filial.

Ésa es la gloria de Jesús.

Si Jesús, el Hijo eterno, adora y sirve a Dios ¿nos va a parecer a nosotros que adorarlo es rebajarnos? ¿Nos va a parecer que servirlo nos humilla? Recordémoslo: servimos a quien nos lleva constantemente en sus manos, a quien carga con nosotros, a quien no nos pide nada, a quien se nos entrega. Servirlo no es, por tanto, darle cosas ni adoptar una actitud servil, indigna de él. Solo podemos servir a Dios como un acto de libertad, sin que nos quede nada por dentro. Si lo vivimos como avasallamiento, es que no hemos entendido nada: no lo hemos conocido.

Porque adorar y servir a Dios no puede consistir en algo distinto de lo que fue para Jesús, solo que él, como ser humano absoluto, lo pudo realizar con absoluta plenitud, en tanto nosotros lo llevamos a cabo en una medida limitada, en parte por nuestra pequeñez y en parte porque, al no vivir completamente de fe, como hijos en el Hijo, tendemos a pensar que adorarlo y servirlo nos limita y rebaja. Ya hemos expresado que adorar y servir a Dios consiste en vivir vueltos libre y reverentemente a él como hijos en el Hijo, lo cual tiene dos armónicos: descansar en él con total confianza (lo que conlleva la superación de actitudes autárquicas o serviles) y estar en lo de él, dedicarse a proseguir la misión de su Hijo (lo que implica no andar en lo propio ni en lo del orden establecido).

Pienso que lo que el islam, en su faceta más depurada, más allá de la presión social con la que lo pueden vivir bastantes, nos tiene que enseñar a los demás seres humanos, ante todo a los creyentes, pero también a los no creyentes, en esta época de mundialización, es que un ser humano no alcanza su verdadera estatura hasta que no cae libremente de rodillas ante su Dios. Nos estamos refiriendo, hay que hacerlo notar porque el ilustrado no suele ser sensible a la dimensión simbólica, a una expresión corporal como expresión simbólica de que para vivir mirando a todo de frente sin estar pegado a la tierra ni apegado a lo de ella, es decir, para vivir como seres humanos dignos y libres, con una libertad liberada, es preciso reconocerse nada ante Dios y reconocer simultáneamente que somos acogidos por su infinita misericordia, que nos levanta de nuestra postración para que dialoguemos humilde, libre y amorosamente con él.

Si esto vive un musulmán cuando lo es verdaderamente, es decir cuando es realmente creyente ¿cómo no lo vamos a vivir los cristianos, que sabemos que nuestro Dios no es sólo misericordioso, como el primero de sus nombres revelados, que tiene que componerse con otros, sino como su realidad más íntima, la que lo define?

SERVIR A DIOS NOS POSIBILITA NO SER ESCLAVOS DEL DINERO

El Papa Gregorio Magno nos enseñó que “servir a Dios es reinar” y por eso se llamó “siervo de los siervos de Dios”. No es tan patente que los cristianos hayamos recibido esta enseñanza.

Y, sin embargo, es una enseñanza liberadora porque servir a Dios nos libera de servir al dinero, nos libera de esta idolatría deshumanizadora, la que ha convertido a la dirección dominante de esta figura histórica en la sociedad fetichista más criminal que conoce la historia. Mientras no percibamos el nexo entre servir a Dios y vernos libres del fetichismo del dinero, no lo haremos con alegría y agradecimiento.

Nuestro corazón no puede estar vacío, y estar lleno de sí mismo a la larga no lo llena. Por eso, la entrega al dinero, como un dios insaciable que pide cada vez más víctimas. Un dios que se estima que puede comprar el poder y el placer: que abre todas las puertas a la satisfacción humana.

Jesús nos advierte que, si nos entregamos a él, tendremos que renunciar a la fraternidad humana y a la filiación divina, porque son dos direcciones incompatibles. El amor al dinero es el desamor absoluto. Quien ama al dinero renuncia a amar, no puede amar a nadie y “quien no ama permanece en la muerte” (1Jn 3,14). Por eso servir a Dios es la liberación para el amor.

El año 1973, viviendo en Lima, me afectó profundamente una canción de una célula maoísta, compuesta para lograr que la gente del pueblo, en este caso un grupo juvenil parroquial, dejara el cristianismo y se pasara a lo que luego sería Sendero Luminoso. Decía: “Den al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Y para nosotros, Señor, ¿qué es lo que queda?”

La canción es verdadera, si Dios pide lo mismo que pide el César y más todavía, porque es más grande que él, pero con el mismo tipo de grandeza. Pero no tiene ningún sentido, si Dios nada quiere para sí y lo de él es, negativamente, que no adoremos al César sino que lo consideremos un mero representante de la voluntad popular sometido a su control y, positivamente, que busquemos primero la fraternidad de las hijas e hijos de Dios, de manera que todo lo demás sea expresión suya.

Esto es lo que propone Jesús como expresión de su fraternidad, porque sabe que solo si servimos a su Padre, nos liberaremos del fetiche del dinero y del poder y podremos dedicarnos a sembrar la fraternidad, comenzando por los de abajo, que son los predilectos del Padre del cielo. Por eso adorar y servir al “Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo” es el mayor don de Dios, que nos ha merecido Jesús, por quien nos vienen todos los bienes.

Es el mayor don de Dios, porque el mayor obstáculo que tenemos que salvar para que no fracase nuestra humanidad sino que se realice plenamente es el que nos ponen por delante los adoradores del Dinero, que han creado un sistema totalitario, en el que la única posibilidad es aceptar las reglas de juego y jugarlas a fondo a nuestro favor, pagando naturalmente el peaje al sistema, es decir, funcionalizándonos a él, aceptando ser humanos como él lo propone, lo que implica renunciar al amor, sustituyéndolo por la competencia y el bienestar. El sistema se presenta como inexorable: por las buenas o por las malas. No tenemos más remedio que aceptarlo si queremos vivir. Nadie nos va a amenazar; simplemente vamos a carecer de recursos para vivir y de toda relevancia social.

Si adoramos realmente a Dios, si estamos en él y vivimos desde él, es decir, si aceptamos el don de su amor y lo entregamos, adquiriremos libertad frente a las pretensiones totalitarias y podremos vivir en la fluidez de la historia, a pesar de que para los del sistema no haya fluidez. Aunque, no lo olvidemos, pagando el precio. Ésa es la propuesta cristiana.

* Miembro del Consejo de Redacción de SIC.

NOTAS

- 1 TORRES QUEIRUGA (2006): “Un Dios amor y sólo amor”. En: *El grito de los excluidos*. EVD, Estella, pp. 75-92.